

**APOCALIPSIS
ISLAND
MISION AFRICA**

Vicente García

**DOLMEN
EDITORIAL**

La Naturaleza no reconoce lo bueno y lo malo. La Naturaleza solo reconoce el equilibrio y el desequilibrio. Yo intento recuperar el equilibrio en nuestro mundo al precio que sea necesario.

Walternate

Fringe, Temporada III, episodio 5

PRÓLOGO

Marc y Tony llevaban corriendo más tiempo del que podían recordar. Desde que pisaron el continente africano su vida había sido un infierno por el que no pasaba otro ser humano que no fueran ellos. Eso sí, se veían zombis por todos lados, sin excepción.

Los habían dejado en libertad hacía unos seis días en algún lugar de la costa marroquí, después de un penoso viaje en barca que les hizo pensar que estaban a bordo de una patera en lugar de en un barco de las fuerzas de seguridad del Estado.

Tras llegar a una playa de kilómetros de arena y ser abandonados en ella provistos únicamente de dos mochilas, tuvieron que conformarse con escuchar como despedida un jocosos: «Suerte, entrometidos, pronto disfrutaréis de buena compañía».

Aquellas fueron las últimas palabras provenientes de un ser humano que escucharon en todo ese tiempo. A partir de entonces tuvieron que conformarse con el molesto ruido gutural de los zombis, que no tardaron en aparecer en la playa desde detrás de los arbustos de una duna.

Ahí comenzó la persecución. Por suerte para ellos, la arena no es el mejor elemento por el que se desplaza un zombi así que, de vez en cuando, podían permitirse el lujo de parar e incluso de

dormir un rato hasta sentir de nuevo la presencia del grupo. Por desgracia, este se iba haciendo cada vez más numeroso.

No tenían ni idea de dónde salían, sin embargo en unos minutos la docena de zombis inicial se convirtió en un grupo de doscientos o trescientos muertos vivientes. Cada vez que se giraban los veían allí, a lo lejos, tropezando, cayendo, rodando duna abajo, pero siempre levantándose fieles a su objetivo.

Los militares que les dieron la patada en el culo fueron inusualmente generosos. Los surtieron con un par de cantimploras y unas insípidas galletas, el único alimento que se habían podido llevar a la boca. ¿Habría sido por compasión o se trataba simplemente de un ejercicio de sadismo en pos de alargar su agonía? La respuesta nunca la sabrían.

Por lo que pudieron ver, quizás ellos eran los únicos trozos de carne con vida de todo aquel jodido continente; por eso no era de extrañar que tuvieran tras de sí a aquel enjambre de persistentes zombis.

—¿Sabes que estamos jodidos, verdad, Marc? —preguntó Tony—. No importa cuánto corramos ni hacia dónde huyamos, esos van a estar siempre ahí, persiguiéndonos, aumentando en número.

—Lo importante es seguir con vida, ya daremos con alguna solución —respondió Marc, cansado.



Capítulo I

El desembarco

Hacia alrededor de tres horas que había anochecido y de nuevo el frío se apoderaba del desierto. Tony dormía todo lo plácidamente que le permitían las inclemencias del tiempo, que no eran pocas: viento, humedad, frío... Sin embargo, lo peor eran las pesadillas, en especial una que le asediaba desde que había puesto el pie en aquel continente; en sus sueños se despertaba sobresaltado y al abrir los ojos se encontraba con la mirada fría y perdida de Marc que, convertido en zombi, lo agarraba por el cuello y comenzada a devorarlo vivo sin poder hacer nada por evitarlo.

El miedo era una sensación relativamente nueva para él, pero la inseguridad constante en que vivía le estaba haciendo dudar sobre si lograría mantener su cordura durante mucho más tiempo. Únicamente podía hablar con un humano, su amigo y casi hermano Marc, quien podría convertirse en cualquier momento en uno de esos seres que los perseguían sin descanso.

Y esa era otra, las sanguijuelas que los hostigaban noche y día, multiplicándose sin descanso. Arrastrándose, caminando, rodando, intentando darles caza de todas las formas posibles.

Hacia tiempo que corría sin esperanza. Él, que siempre había sido el paradigma del optimismo, se acababa de convertir en un humano casi sin alma. Menuda pareja hacía con Marc,



dudaba incluso que entre los dos sumaran uno en las circunstancias actuales.

Como solía ser habitual, Marc lo despertó cuando todavía era noche cerrada.

– Vamos, ya están cerca – le susurró Marc al oído.

¿Cómo haría para sentirlos? Él, desde donde se encontraban, no lograba apreciar el más mínimo sonido, al menos inicialmente, ya que luego, cuando comenzaban a correr y giraba la cabeza, muy a lo lejos veía la sombra de aquella particular santa compañía.

– ¿No has dormido? – preguntó Tony, mirando a su amigo.

– Un poco, pero dormir y comer no es una actividad que actualmente me ocupe mucho tiempo – respondió Marc de forma impersonal y fría—. Desde que me sucedió lo de Mallorca no he sentido la necesidad ni de descansar ni de tener que alimentarme.

– ¿Quieres decir que podrías estar corriendo eternamente sin cansarte, como todos esos zombis que nos persiguen?

– No lo sé, aunque preferiría no hacer experimentos ahora – respondió Marc molesto por el comentario, mostrando una actitud que no era precisamente habitual en él y que causó cierta inquietud en Tony.

Y diciendo esto comenzaron a correr de nuevo sin rumbo fijo, bajo la luz de las estrellas y en dirección al inamovible e inalterable horizonte.

Al cabo de cuatro horas, con el sol en lo alto del cielo, lograron divisar lo que parecía ser un oasis.

– ¡No me lo puedo creer! – exclamó Tony—. Árboles, palmeras y un poco de sombra... Estaba a punto de sufrir una insolación.

– No te quejes, menos mal que con la ropa que llevamos podemos protegernos de este condenado sol.

– Condenado o no, a ti parece no afectarte... Por no hablar del calor que tengo con todo esto puesto – replicó Tony.

—¿Estás celoso de mi nueva condición de zombi? —apuntó Marc, acelerando el paso—. Si quieres te muerdo y te unes al club.

Tony optó por no responder, prefirió no plantearse si se trataba de un comentario jocoso o si su amigo iba en serio.

Tras correr durante unos minutos más, escucharon el inconfundible sonido de un disparo proveniente del oasis.

—¡Mierda! —protestó Tony—. Comienzo a estar cansado de que todo el que me ve, me dispare.

Inmediatamente detuvieron su carrera y levantaron las manos, dudando de si se trataba de un disparo de advertencia o de la falta de puntería del tirador.

—¡Eh, los del oasis, venimos en son de paz! —gritó Tony tan alto como pudo, aunque no logró evitar que sus palabras sonaran algo estúpidas.

Durante un minuto el silencio reinó en el desierto. Finalmente, cuando ambos comenzaron a dudar si obtendrían alguna respuesta, vieron salir a un grupo de cuatro personas vestidas con largas túnicas negras que parecían protegerles del sol.

La comitiva, con las caras completamente cubiertas, se aproximó hasta situarse a apenas unos metros de Marc y Tony.

—¿Quiénes son ustedes y qué demonios hacen aquí? —dijo con voz grave y en perfecto español uno de los cuatro hombres que se habían aproximado hasta ellos.

—Nos hemos perdido —dijo Tony, sintiéndose, esta vez sí, completamente estúpido al dejar escapar semejante frase.

Los cuatro hombres se miraron y rieron a carcajada limpia. Sin embargo, Marc no dejó de observarlos en ningún momento y se dio cuenta de que estaban perfectamente dispuestos para responder ante cualquier tipo de ataque. Eran profesionales, de eso no cabía la menor duda, mercenarios o soldados.

—Hemos naufragado cerca de aquí y no tenemos ni idea de dónde estamos ni sabemos qué hacer —dijo Marc una vez notó que las risas se iban atenuando.

— Vaya, vaya, conque dos corderitos extraviados... — comentó uno de los hombres con suspicacia —. Está bien, lo dejaremos así; una de nuestras normas es mantener la discreción y no hacer muchas preguntas, ya que tampoco nos gusta responderlas.

»Me presentaré, me llaman Marca y mis compañeros son Mikra, Manta y Stalingrado, creo que es ruso, pero habla poco. Podéis acompañarnos hasta el oasis. Únicamente os pediría que si lleváis armas las dejarais antes de entrar. No os registraremos, pero si por cualquier circunstancia diéramos con alguna, el castigo sería la muerte.

Marc no pudo evitar sobresaltarse al escuchar aquellas últimas palabras que con tanta naturalidad acaba de pronunciar el tal Marca. El tono divertido no obviaba la seriedad del gesto; estaba claro: acababan de ser informados de que en su justicia particular no admitían medias tintas. Eso sí, muy cortésmente. En tiempos difíciles, medidas drásticas.

No tardaron en llegar al oasis. En él había una especie de fortín compuesto por una gruesa muralla de apenas tres metros de alto, un pequeño barracón y una torre donde ondeaba la bandera francesa.

— Era la única que teníamos — dijo Marca al ver la expresión de Marc —. Nos recordaba a las viejas películas de aventuras.

Sin mediar palabra, Marca comenzó a caminar hacia el barracón, cogiendo por el camino un cubo que estaba junto a un pozo situado en el centro mismo del emplazamiento. Una vez dentro, los invitó a sentarse y les ofreció agua.

Marc bebió varios vasos; los rellenaba una y otra vez en el cubo mientras contemplaba la habitación. Había una mesa tosca con dos sillas desgastadas de madera y otra que parecía un poco más cómoda en la que ya se había sentado Marca; alguna estantería con libros cubiertos de polvo, una vieja estación de radio sobre una mesa, en una esquina de la habitación, y algunas cajas con documentos.

– Bien, no estaría de más que nos contarais algo sobre el mundo exterior – comenzó diciendo Marca mientras encendía un puro que no entendían cómo había llegado hasta su mano – . No sabemos nada desde hace bastante tiempo, cuando pasaron por aquí un cura y una chica muy guapa, aunque un poco agresiva para mi gusto.

– ¿Noticias? ¿Qué clase de noticias? – preguntó Tony.

– Vaya, tu amigo es de esos que responden siempre con preguntas... – comentó Marca, dejando escapar pacientemente una bocanada de humo – . Está bien, lo aceptaré porque estoy de buen humor y hace semanas que no veo a un puto zombi en los alrededores.

»Llevamos en este jodido continente varios años, sobreviviendo como podemos, alimentándonos de cualquier bicho con el que nos encontramos. Estábamos llevando a cabo una misión secreta, aunque poco importa ya en estos momentos; la cosa, como siempre que hay zombis por medio, se complicó y la fastidiamos, por lo que en apenas unos segundos pasamos de ser parte del Ejército de Élite del Estado español a proscritos prescindibles y perseguidos. Tuvimos que desaparecer literalmente del mapa. Por el camino nos encontramos con un par de soldados de otros países en circunstancias similares.

– ¿Y cómo acabasteis aquí? – preguntó Marc.

– Nos cansamos de vagabundear matando zombis, de atravesar este jodido continente muerto viendo cómo nuestro ejército se reducía poco a poco. Encontramos este pequeño oasis y decidimos dejar pasar los días, las semanas, los meses... Este fortín estaba abandonado y cumplía con los requisitos mínimos para ser ocupado: un pozo con agua dulce, una muralla y una radio con su generador que de vez en cuando nos permite escuchar algo y contactar con el exterior.

– ¿Y de qué os alimentáis? – preguntó Tony, invadido por la curiosidad.

— De cualquier bicho que pase por debajo de nuestras mura-
llas, incluso porquerías no comestibles. La verdad es que hemos
hecho cosas que jamás creímos que un hombre pudiera llevar a
cabo. De modo que si no quieres saber de qué te estoy hablan-
do, será mejor que no preguntes tanto y procures ofrecernos un
poco de conversación, preferiblemente informativa.

— Las cosas se están poniendo feas ahí fuera — comenzó titu-
beante Marc, sin tener muy claro de qué hablar —. Los riesgos y
las posibilidades de contagio van en aumento y no todo el mun-
do está por la labor de facilitar las cosas, más bien lo contrario.

— Bonita forma de no contar nada — interrumpió Marca.

— O de decirlo todo — añadió Tony.

— La sociedad parece no haber aprendido la lección — conti-
nuó Marc, obviando las interrupciones —. Como si no nos basta-
ra con tener que preocuparnos de los vivos, ahora debemos
hacer lo propio con los muertos, los no-muertos, los semi-muer-
tos... Solo Dios sabe qué más está por venir...

— Casi será mejor que lo dejes — dijo Marca, rendido a la evi-
dencia de que iba a necesitar un intérprete para entender a aquel
recién llegado —. Esperaba algo más en plan quién ha ganado el
último Mundial, las últimas elecciones... Pero de aquí a que lle-
guemos a eso me habrás contado antes la historia de la creación
del universo.

— Sí, es muy propio de Marc — dijo Tony sonriendo —. Por
cierto, ¿cómo están las cosas por aquí abajo? Hace tiempo que no
me fío de los medios de comunicación. ¿Va todo tan mal como
lo pintan?

— Peor, mucho peor — dijo lacónicamente Marca —. Es pro-
bable que los que estamos aquí seamos las únicas personas
vivas en todo el continente. Lo abandonaron a la aniquilación
total; de nada sirvieron las quejas de los defensores de los
derechos humanos ni las de las grandes empresas que explo-
taban las minas de diamantes ni siquiera las de la industria

farmacéutica. No escucharon a nadie. Al final se cerró la muralla y marica el último.

— Pero, ¿qué pasó con la gente? — preguntó Marc, alarmado —. En teoría las tropas de la ONU se encargaron de crear puntos seguros a lo largo del continente para agrupar a los supervivientes... Se decía que el abandono había sido relativo.

— Si prefieres creértelo y te sientes mejor, adelante, pero lo cierto es que hace décadas que el último soldado de la ONU pisó estas tierras — dijo con tono abatido Marca —. África ha sido arrasada. No podréis nunca imaginar lo que es una auténtica turba de zombis si no visteis las mareas de no-muertos que paseaban por África. Millones de cuerpos sin alma, viajando como un enjambre de un lado a otro, como una plaga de langostas, arrasándolo todo a su paso, destruyendo completamente aldeas, pueblos, ciudades...

Guardaron silencio. Marc y Tony intentaban asimilar lo que debía significar ver a todos aquellos muertos pasear por la sabana, cubriendo el horizonte.

— ¿Me estás diciendo que hay en África mil doscientos millones de zombis? — preguntó incrédulo Marc.

— Unos cuantos menos — sonrió Marca —. Nosotros hemos aniquilado a un gran número de ellos, y Estados Unidos y Rusia también han colaborado. Se decidieron a comenzar con bombardeos indiscriminados sobre el continente, primero vaciando su arsenal de misiles y después con armas atómicas. Pero aun así, mil doscientos millones de zombis son muchos zombis. Además, tuvieron que dejar de usar el armamento nuclear porque hubo algunos incidentes desagradables con los vientos continentales; las nubes tóxicas acabaron con las poblaciones supervivientes en Madagascar y en el Yemen, e incluso Israel estuvo a punto de verse seriamente afectado.

— Te veo demasiado informado — dijo receloso Tony —. ¿Cómo es posible que sepas todo eso? En ningún momento se comentó nada en los medios de comunicación.

— En el fondo no creo que llegados a este punto sea relevante guardar silencio sobre nuestro cometido aquí. Nuestra unidad de mercenarios fue reclutada y entrenada por la Unión Europea para asistir a los Estados Unidos y a Rusia en la idea de llevar a cabo la eliminación sistemática de zombis en África; nos dedicábamos básicamente a recorrer el continente y a situar los objetivos de esas armas nucleares... Hasta que la cagamos a lo grande y por un estúpido error de cálculo las nubecitas tóxicas arrasaron las poblaciones de Antananarivo, Morondava, Ta'izz, Amanat Al Asimah y Hadramaut. Por un lado llenamos de zombis Madagascar y, por otro, casi abocamos al Sudoeste de Asia a la extinción.

»No nos lo perdonaron y decidieron acabar con nosotros. Y en ello estaban hasta que nos abandonaron a nuestra suerte para que nos pudriéramos rodeados de zombis. No podemos salir del continente, en el momento en que lo hagamos seremos hombres muertos.

— Pues lo tenemos claro... —suspiró Marc.

—Será mejor que descanséis, en estas tierras uno nunca sabe cómo será el día siguiente —vaticinó Marca.

Capítulo 2

Deus ex machina

Marc se despertó con las primeras luces del alba. Subió hasta lo alto de la muralla norte e intentó otear el horizonte en busca del rastro de algún zombi. No vio ninguno, sin embargo, en su interior sentía que no estaban muy lejos.

En aquel lugar se respiraba una tranquilidad inquietante, como si el universo les estuviera regalando un instante de paz en medio de aquella locura.

Bajó a desayunar a uno de los barracones y al cabo de media hora se le unió Tony. El comedor estaba vacío.

— ¿Has podido dormir? — preguntó Marc.

— Como llevaba sin hacerlo desde hace una eternidad.

— Eso está bien, quién sabe cuándo volveremos a descansar — comentó Marc —. Date prisa porque pronto tendremos que ponernos en marcha, no podemos permitir que la turba que nos persigue nos atrape en un lugar cerrado.

— ¿No podríamos escondernos aquí y esperar a que pasen?

— No creo, en cierto modo parece como si pudieran sentirnos...

— Querrás decir «sentirte» — apuntilló Tony —, porque no creo que tengan ningún tipo de rastreador con el que saber dónde estoy, en cambio tú debes de vibrar en su misma frecuencia.

— Una teoría bastante ingeniosa pero que por desgracia carece de evidencias que la soporten — sonrió Marc.

— Cómo se nota quién es el científico de la familia. ¿Vamos a avisar a estos pobres desgraciados de la que se les viene encima?

— No — respondió tajante Marc —. Se han portado bastante bien con nosotros, no te lo discutiré, pero no sabemos cómo responderían si supieran la verdad, que en resumidas cuentas es que por nuestra culpa se les viene encima una horda de zombis.

— No te imaginaba tan pragmáticamente frío para este tipo de decisiones — dijo Tony —, tu nuevo «ser» te está afectando.

— Hay que ser realistas, seguramente, con nosotros fuera, la marcha zombi pasará de largo y los ignorará. Si no son tontos sabrán permanecer ocultos y no llamar la atención.

— ¿Y si lo son? — preguntó Tony.

— Entonces descubriremos si están tan interesados en nosotros como para dejar pasar la oportunidad de intentar merendarse a estos duros mercenarios. Y no te engañes por las apariencias, son asesinos a sueldo; no sientas lástima por ellos, porque si fuera necesario acabarían contigo sin pestañear.

Al cabo de unos minutos, Marca se sentó con ellos en la mesa.

— Espero que hayáis podido descansar tranquilamente, nuestras camas son más cómodas que la arena del desierto — bromeó.

— Cierto, pero aun así me temo que pronto tendremos que dejaros — dijo Marc —. Imagino que no estaréis precisamente sobrados de víveres y nosotros tenemos cosas que hacer ahí fuera.

— Salir de aquí me parece un suicidio — dijo Marca, sorprendido por el comentario —, pero os daremos todo lo que necesitéis para vuestra travesía por el infierno.

Tres horas más tarde, debajo del grueso portón situado en la muralla norte, Marca se despedía de Tony y de Marc.

— Espero que nuestros caminos se junten de nuevo muy pronto. Nosotros seguiremos aquí, al menos hasta que nos leamos todos

los libros de la biblioteca y decidamos buscar un nuevo emplazamiento. En realidad no es muy recomendable que permanezcamos mucho tiempo en un mismo lugar, llamaríamos la atención de los vivos y también de los no-muertos — dijo Marca, ofreciendo su mano a Marc —. Oye, ¿te encuentras bien? Estás helado...

— Sí, sí... estoy un poco acatarrado — respondió Marc sin querer entrar en detalles y deseando marcharse cuanto antes para evitar tener que responder a más preguntas incómodas que pudieran poner en peligro su identidad.

— Si queréis quedaros un par de días más... — dijo Marca, receloso.

— Mi amigo siempre ha sido un témpano de hielo — intentó decir jocosamente Tony —. Probablemente yo sea el único que le aguanta.

Y diciendo esto, se alejaron de allí sintiendo cómo la mirada de Marca se clavaba en sus espaldas. Por suerte, un grito proveniente del otro lado de la muralla hizo que se olvidara pronto de aquel incidente.

— ¡Zombis, señor, cientos de ellos! ¡Puede que miles!

Tony se giró levemente para ver si Marca los relacionaba con lo que estaba sucediendo, pero afortunadamente todo parecía indicar que no era así y que había decidido concentrarse en el inminente peligro que se cernía sobre ellos.

— Ya están aquí esos malditos — dijo Tony —. Convendría que nos diéramos prisa para poner suficiente distancia con los zombis y poder descansar algo esta noche.

Sin mediar palabra comenzaron a caminar acelerando el paso, mirando de vez en cuando hacia atrás para comprobar qué sucedía en la fortaleza que estaban abandonando. Mantuvieron el oído alerta. No sabían si los mercenarios iban a decidir enfrentarse a los zombis o pasar desapercibidos, aunque todo parecía indicar que habían optado por lo segundo, ya que no sonó ni un solo disparo.

Al cabo de una semana de su encuentro con los mercenarios, Marc y Tony estaban realmente agotados. Su aprovisionamiento de agua se había terminado hacía dos días, el sol quemaba cada vez con más intensidad y las fuerzas les iban abandonando poco a poco.

— ¿Eres consciente de que tenemos los días contados? — dijo Tony, arrastrando sus piernas.

— Siempre tan positivo... — comentó Marc sin dejar de caminar, mirando el suelo.

— Bueno, creo que ahora somos tan zombis como esos que nos persiguen — añadió Tony con la mirada gacha, puesta también en la arena—. Fue una suerte que hace unos días pudiéramos beber algo de agua de aquel cactus, porque ahora mismo no me veo con fuerzas para volver a abrir ninguno.

— Te está bien empleado por acusarme de zombi todo este tiempo, con tus preguntas sobre si me cansaba o si tenía hambre — dijo sarcástico Marc mientras llegaban a la parte inferior de una duna que llevaban descendiendo durante varios minutos.

— Preguntas a las que nunca respondiste.

— En cualquier caso, esto nos iguala bastante... — Marc no pudo acabar la frase. En lo alto de la duna que acababan de dejar atrás pudo ver a un zombi asomando la cabeza.

— ¡Mierda, ya están aquí! — exclamó Tony.

— Sí, seguro que hemos ido más despacio de lo que creíamos. Y parece que estos averiguaron cómo avanzar más rápidamente que nosotros — comentó Marc al ver al zombi tropezar y caer rodando duna abajo hasta situarse a apenas cuatro metros de ellos.

— ¡Estamos jodidos y bien jodidos! — gritó Tony cuando vio asomarse a diez zombis más.

— Ya están todos aquí — dijo Marc al ver la escena—. Esta es una de esas veces en las que me pregunto si no sería más sencillo apretar el gatillo y acabar con todo de una vez.

Tony no supo si debía hacer algún comentario sobre aquellas palabras. Levantó entonces la cabeza por primera vez en mucho

tiempo y, mirando hacia el horizonte, acertó a ver a lo lejos lo que parecían ser palmeras.

—Oye, ¿has visto aquello? —dijo, frotándose los ojos—. Allí seguramente habrá agua y algo para comer. Debemos reponer fuerzas si queremos continuar al menos durante un par de días más.

—Venga, démonos prisa —comentó Marc al ver alzarse al zombi que había caído a unos metros—. Conviene ganar algo de tiempo.

Sin mediar palabra, aceleraron el paso. Estaban realmente agotados.

—Marc, damos pena, creo que hasta los zombis corren más que nosotros.

Fue en ese momento cuando Marc se dio cuenta de que lo que en un principio había sido una broma fruto de la desesperación, se estaba convirtiendo en una cruel realidad. Justo detrás, a apenas treinta metros de distancia, estaba la avanzadilla zombi compuesta por unos treinta caminantes, seguidos no muy de lejos por un centenar más.

Según iban avanzando, la ventaja se reducía. Marc y Tony estaban derrotados, caían al suelo y volvían a levantarse. Veían a los zombis cada vez más cerca. Aunque lo que peor llevaban era aquel ronroneo insistente.

—Hijos de puta, me da la sensación de que han aumentado el ritmo —dijo Tony exhausto mientras alcanzaba la primera de las palmeras que componían aquel nuevo y reconfortante paisaje.

—Estoy agotado, aunque alcancemos el oasis no podremos reponer fuerzas, los tenemos ya encima, si al menos pudiera beber algo de agua... —exhaló Marc, levantando la cabeza para comprobar que esta vez no había ninguna fortificación cerca.

—Dudo que tengamos tiempo de beber siquiera un sorbo —dijo Tony, mientras dejaba atrás la arena y ponía los pies en un suelo más firme.

— Es extraño... no parece un oasis, parece más bien... — Marc llamó sin dejar de avanzar, con los zombis a apenas unos metros de distancia, lanzando varias miradas a su alrededor —. ¡Tony, estamos en las orillas de un río! ¡Corre, arrástrate si es necesario, pero avancemos todo lo que podamos!

— Pero, ¿cómo lo sabes? — preguntó Tony, intentando distinguir algo entre la maleza.

— No me preguntes y corre, debe de tener algo que ver con esta nueva condición semi-zombi, qué sé yo si habrá potenciado algún sentido.

De repente, como por arte de magia, se vieron rodeados de vegetación, con árboles y palmeras por todos lados. No muy lejos parecía oírse el caudal de un río, aunque bien pudiera haber sido fruto de su desesperada imaginación. Aquel sonido, real o no, dio alas a los dos amigos, y justo en el momento en que Tony empezó a sentir la amenaza de uno de sus perseguidores, hizo un último esfuerzo para evitar lo que hasta hacía unos minutos parecía inevitable.

De pronto, a escasos cincuenta metros de ellos, apareció un inmenso río de unos trescientos metros de ancho que se perdía tanto hacia el norte como hacia el sur.

— No sabía que hubiera ríos así en esta zona de África — dijo ignorante Tony, sin dejar de avanzar.

— Pues da gracias al cielo de que nos lo hayamos encontrado o de lo contrario ya estaríamos siendo pasto de esas alimañas de ahí atrás.

En ese momento Marc giró la cabeza y el corazón le dio un vuelco; tenía a un grupo enorme de zombis a apenas tres metros de distancia, y lo peor era que estaba sufriendo unos calambres que casi le inmovilizaban las piernas.

«Un último esfuerzo, un último esfuerzo...», se repetía una y otra vez, notando que la distancia era cada vez más corta.

Por fin, cuando todo parecía perdido, alcanzaron la orilla del río y se zambulleron en él sin tener muy claro si iban a ser capaces de cubrir a nado el trecho que tenían frente a ellos.

Afortunadamente lograron tomar impulso y alejarse lo suficiente de la orilla porque la acumulación de zombis comenzaba ya a ser considerable.

Una vez estuvieron a una distancia prudencial, decidieron tumbarse boca arriba y dejarse llevar por la corriente. De lejos, observaron el gesto de los zombis.

De pronto, algunos comenzaron a avanzar hacia el río, quedando sumergidos y desapareciendo bajo sus aguas, lo cual disparó las alarmas de los dos amigos.

—Oye, Marc, como experto en zombis y casi familiar de ellos, dime que ni saben nadar, ni pueden caminar bajo el agua —dijo Tony, maldiciendo para sus adentros no disponer ni de un mísero segundo de tranquilidad.

—Se supone que no, pero por lo que pueda suceder, mejor nos alejamos de aquí, no vaya a ser que el ingenioso y retorcido azar haga de las suyas y aparezca flotando junto a nosotros una de esas bestias.

Se dejaron llevar por la corriente, que los dirigió hacia la orilla mientras la concentración de zombis al otro lado del río iba creciendo.

—¿Hemos sobrevivido? —preguntó Marc sin acabar de creérselo y recordando lo cerca que habían llegado a estar de los zombis.

—Sí, eso parece.

—*Deus ex machina, deus ex machina* —repitió Marc, evocando la expresión asignada a la grúa que en el teatro griego salvaba a los actores de situaciones complicadas simulando ser un dios—. Ten por seguro que en estos momentos estamos viviendo más allá de lo que nos corresponde.

—Tú incluso puede que varias veces —resopló Tony mientras intentaba recuperar el aliento y sentía cómo sus piernas ya no eran capaces de soportar el peso del cuerpo.